

El cuerpo femenino según Cervantes

The Female Body According to Cervantes

LAVINIA SIMILARU

Universitatea din Craiova
lavinia_similaru@yahoo.es

Palabras clave

Cervantes; mujeres;
cuerpos femeninos;
cánones de belleza;
Renacimiento.

Keywords

Cervantes; women;
female bodies;
canons of beauty;
Renaissance.

El autor del *Quijote* concede un papel primordial a la mujer y, a lo largo de sus obras, crea magníficos retratos de mujeres. Las ideas de Platón dominaron el pensamiento por varios siglos y Cervantes se dejó influir por el filósofo ateniense. El preclaro escritor español considera la belleza y la virtud consustanciales, una persona bella es también virtuosa, no hay belleza sin virtud. Para describir físicamente a las mujeres, Cervantes recurre a los cánones inspirados en la armonía de los cuerpos de las estatuas grecorromanas, propagados más tarde por la poesía renacentista y convertidos en tópicos. Las mujeres tienen largos cabellos de oro, labios de coral, mejillas de rosa, dientes de perla, cuello de alabastro, manos tan blancas que parecen de nieve, y gran armonía del cuerpo. Cuerpo que Cervantes nunca describe explícitamente. Sorprendentemente, el licenciado Vidriera ironiza precisamente estos cánones de belleza, demasiado trillados en la época. En las obras de Cervantes, la fealdad se asocia a la falta de virtud.

The author of *Don Quixote* grants a primary role to women and, throughout his works, creates magnificent portraits of women. Plato's ideas dominated thought for several centuries, and Cervantes was influenced by the Athenian philosopher. The illustrious Spanish writer considers beauty and virtue consubstantial, a beautiful person is also virtuous, there is no beauty without virtue. To describe women physically, Cervantes uses the canons inspired by the harmony of the bodies of the Greco-Roman statues, later propagated by Renaissance poetry and converted into clichés. The women have long golden hair, coral lips, rosy cheeks, pearl teeth, necks of alabaster, hands so white that they look like snow, and great harmony of body. A body that Cervantes never explicitly describes. Surprisingly, Mr. Vidriera ironises precisely these canons of beauty, too hackneyed at the time. In Cervantes' works, ugliness is associated with a lack of virtue.

1. La mirada “realista” de Cervantes sobre el universo femenino

La primera novela de Cervantes –el “primer intento de un prosista todavía novato” (Canavaggio *et al.*, 1995: 61)–, tiene como título un nombre de mujer: *La Galatea*.

Cinco de las doce novelas ejemplares tienen también nombre de mujer, o aluden a una o más mujeres: *La gitanailla*, *La española inglesa*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*. De la misma manera, la novela póstuma de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, abarca en su título un nombre de mujer.

A primera vista parece que en su obra más destacada, más apreciada, más leída y más conocida, el “best-seller de la edición mundial, después de la Biblia” (69), Cervantes no concede un papel importante a la mujer. Pero hay muchas mujeres en *Don Quijote*: el ama de llaves, la sobrina, Dorotea, Lucinda, Marcela, Quiteria, la condesa, Altisidora, la entrañable mujer de Sancho Panza, su hija, la sin par Dulcinea...

El enfoque cervantino del universo femenino es muy interesante y bastante osado para la época. A las mujeres de su obra, Cervantes las retrata de manera magnífica, mostrándolas al lector en sus preocupaciones y actividades diarias, con sus pensamientos y sentimientos.

Son mujeres distintas, de varias condiciones sociales.

Entre las nobles está la duquesa de *Don Quijote*, que ha leído algún que otro libro (además de la Primera parte de las aventuras del héroe), pero a veces se convierte en un personaje bufo: es muy curiosa y no duda en espiar conversaciones, como las criadas.

Pero las obras de Cervantes están llenas de mujeres humildes. Los escritores realistas aprendieron sin duda mucho del ilustre español, que revela los detalles más nimios de las actividades, ocupaciones y trabajos de las mujeres.

La duquesa envía un paje al pueblo de Sancho Panza con una carta y un collar para la mujer de éste y, a la entrada en el pueblo, el paje encuentra “en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres” (Cervantes, 1991: II, 50), descalzas y despeinadas. Entre esas mujeres está Sanchica, la hija de Sancho, que “dejando la ropa que lavaba a otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada” (Cervantes, 1991: 720), acompaña al paje hasta su casa donde, a los gritos de su hija, Teresa sale de la casa “hilando un copo de estopa” (722), otra labor femenina frecuente en aquellos tiempos.

Teresa es una campesina que sabe hilar, en cambio no sabe “leer migaja” (722), pero esto no le impide soñar con llegar a ser condesa. Está encantada de tener noticias tan buenas de su marido, ya gobernador, y presume delante de los paisanos, “con las cartas, y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero” (725). Nada le alegraría más que poder competir con las engreídas hidalgas: “¡Gobiernito tenemos! ¡No, sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva!” (723). Contesta la carta de la duquesa, confesando que desea ir a la corte, en coche, “para quebrar los ojos a mil envidiosos” (724).

En unas pocas líneas, Cervantes caracteriza a la mujer humilde y ambiciosa, que aspira secretamente a tener trato de igual a igual con las nobles.

Otro retrato inolvidable es el del ama de llaves del Caballero de la Triste Figura. Es otra mujer de condición humilde, pero muy hacendosa, creyente y supersticiosa. Provoca a menudo la risa del lector con su ignorancia. Detesta los libros en general y sobre todo los libros de caballería, porque habían perjudicado a Don Quijote: “¡Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!” (38). En el célebre capítulo del escrutinio de los libros del caballero, el ama de llaves no necesita más que ver los libros para retirarse inmediatamente y regresar “con una escudilla de agua bendita y un hisopo” (42) y exige que el licenciado rocíe la habitación, para que no les encanten los encantadores. Se alegra de tener que quemar los dañinos libros.

Al principio de la Segunda parte, el ama no duda en hacer patente su autoridad, prohibiendo a Sancho que pase: “no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias. Id a gobernar vuestra casa y a labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos” (444). Odia a Sancho porque el escudero anima a Don Quijote a salir a buscar otras aventuras. Por eso, en otra ocasión, el ama de llaves se esconde, para evitar abrirle la puerta. La pobre

mujer hace todo lo que puede para impedir la tercera salida del caballero: “tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre” (468), visita a Sansón Carrasco, convencida de que el bachiller podrá disuadir al caballero. Sus argumentos son ridículos y cómicos, sacados de su realidad inmediata. Acaba invocando a sus gallinas:

...quiere salir otra vez, que con ésta será la tercera, a buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido a palos. La segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba a entender que estaba encantado; y venía tal el triste, que no le conociera la madre que le parió: flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que, para haberle de volver algún tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejaran mentir. (470)

Es una mujer buena y leal y no desea más que servir y proteger a su amo. Al final de la novela, al enterarse de que Don Quijote tiene previsto hacerse pastor, el ama le advierte que es de complejión débil, mientras la naturaleza está llena de peligros y le da consejos sencillos y muy sensatos:

Y ¿podrá vuestra merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, el aullido de los lobos? No, por cierto, que éste es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas. Aun, mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: esté en su casa, atienda a su hacienda, confiese a menudo, favorezca a los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. (850)

Lamenta la muerte de su amo, pero sigue con su rutina diaria, como es normal y muy humano: “Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto” (853).

En las obras del escritor preclaro hay criadas, fregonas y verduleras. Las últimas merecen una mención aparte, por la mala fama que tenían y siguen teniendo, corroborada por el DRAE, donde se puede leer que “verdulero, ra” tiene también el sentido de “persona descarada y ordinaria”. Como gobernador de la ínsula Barataria, Sancho Panza dicta a su secretario una carta para Don Quijote (la dicta porque él no sabe escribir), en la que narra sus correrías y en la que carga las tintas contra las “placeras”:

Yo visito las plazas, como vuestra merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendía avellanas nuevas, y averigüéle que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas; apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrían bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza. Hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir a vuestra merced es que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo, por las que he visto en otros pueblos. (728)

Más estrafalaria aún resulta la “placera” del entremés *El juez de los divorcios*, mujer que antes había sido prostituta y a quien el ganapán había rescatado y metido en la plaza, cumpliendo la promesa que había hecho cuando estaba borracho. Ella tiene mucho genio, no puede contenerse, pelea con las compañeras y con los clientes. El relato del ganapán es muy hilarante:

...ha salido tan soberbia y de tan mala condición, que nadie llega a su tabla con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que le llegan a la fruta, y a dos por tres les da con una pesa en la cabeza, o adonde topa, y los deshonor hasta la cuarta generación, sin tener hora de paz con todas sus vecinas ya parteras; y yo tengo de tener todo el día la espada más lista que un sacabuche, para defendella; y no ganamos para pagar penas de pesos no maduros, ni de condenaciones de pependencias. (Cervantes, 1994: 108)

Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos demasiado que Cervantes no ignora ningún aspecto de la vida de las mujeres de su época.

A principios del siglo XVII, Cervantes se atreve incluso a hablar de la fisiología femenina. Menciona la menstruación, con un inesperado y brillante toque “naturalista”: “Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas...” (1991: 564).

En la novela ejemplar *La señora Cornelia*, la heroína da de mamar a su hijo recién nacido:

Tomóle ella en los brazos y miróle atentamente, así el rostro como los pobres aunque limpios paños en que venía envuelto, y luego, sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar a la criatura, y, aplicándosela a ellos, juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba y con las lágrimas le bañaba el rostro; y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio cuanto el niño no quiso dejar el pecho. (Cervantes, 1992a: 251)

Podemos considerar que Cervantes tenía una visión realista sobre el universo femenino y a veces lleno de su humor “que nunca fue cáustico ni visceral sino más bien refinado, inteligente, crítico e irónico, pero no sarcástico” (García Conejo; González Martín, 2005: 174).

2. El cuerpo femenino según Cervantes

Myriam Álvarez no duda de que a la mujer del Barroco no se le pedía más que ser bella y decente: “Belleza, juventud, discreción y honestidad son las señas de identidad de la mujer del barroco” (2004: 176).

La belleza de las mujeres no dejaba indiferente a Cervantes y en sus obras hay muchas referencias a ella. No hay duda de que conocía perfectamente a las mujeres y era un finísimo psicólogo. Entre las innumerables frases memorables que encierra el *Quijote* está también esta, que pronuncia Dorotea: “por feas que seamos las mujeres, me parece a mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas” (Cervantes, 1991: 214).

En *Las dos doncellas*, el ilustre autor escribe que “esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento, lleva tras sí el deseo de quien la mira” (Cervantes, 1992b: 221). En la novela ejemplar *La fuerza de la sangre*, Rodolfo aclara cómo tiene que ser su futura esposa: “La hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote que con la de la honestidad y buenas

AIC

costumbres; que si esto trae mi esposa, yo serviré a Dios con gusto y daré buena vejez a mis padres” (91).

Para Cervantes, la belleza es todopoderosa, nada se le puede negar. Dos personajes de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* están sentenciados a ser ahorcados, por haber cometido crímenes, y escriben una carta desde la cárcel, pidiendo ayuda. Ellos desean poder contar sobre todo con la ayuda de Auristela, que es quien más posibilidades tiene de conseguir su libertad: “si la sin par Auristela pone haldas en cinta y quiere tomar a su cargo nuestra libertad, que le será fácil; porque ¿qué pedirá su grande hermosura que no lo alcance, aunque la pida a la dureza misma?” (1997b: IV, 5). Otro personaje humilde opina en la misma novela lo mismo sobre el poder de la belleza: “de las estremadas bellezas se puede esperar que vuelvan en cera los corazones de mármol, y junten en uno los extremos que entre sí están más apartados” (IV, 12).

En sus obras, Cervantes adopta la concepción platónica, tan extendida durante muchos siglos. Por eso, en las obras cervantinas, la belleza está relacionada con la virtud, una persona bella es también virtuosa, no hay belleza sin virtud, sin belleza moral. En *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, el príncipe Arnaldo le dice a Periandro, alabando a Auristela, a quien cree hermana de Periandro: “la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma” (IV, 4). Para Cervantes y para sus contemporáneos, una persona físicamente hermosa no podía ser mala.

Para describir físicamente a las mujeres, Cervantes utiliza los cánones inspirados en la armonía de los cuerpos de las estatuas grecorromanas, propagados más tarde por la poesía renacentista y convertidos en tópicos. Las mujeres tienen largos cabellos de oro, labios de coral, mejillas de rosa, dientes de perla, cuello de alabastro, manos tan blancas que parecen de nieve, y gran armonía del cuerpo.

En la primera novela de Cervantes, Elicio describe a Galatea en estas palabras:

¿Qué miras, pastor, si a Galatea no miras? Pero, ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello, el mármol de su pecho? (Cervantes, 1997a: III)

No podemos dejar de observar que este retrato de Galatea abunda en los mismos tópicos de la literatura renacentista. Desde las primeras páginas de la novela sabemos que Galatea es rubia, según nos asegura Elicio en los versos que le dedica:

Blanda, süave, reposadamente,
ingrato Amor, me sujetaste el día
que los cabellos de oro y bella frente
miré del sol que al sol escurecía. (I)

Un poco más adelante, Erastro nos describe sus mejillas de manzana, sus dientes de perla, y su boca de grana:

Dos hermosas manzanas coloradas,
que tales me semejan dos mejillas,
y el arco de dos cejas levantadas,
quel de Iris no llegó a sus maravillas;

dos rayos, dos hileras estremadas
de perlas entre grana y, si hay decillas,
mil gracias que no tienen par ni cuento,
nieblam'han hecho al amoroso viento. (I)

Este retrato plagado de tópicos se repite varias veces en la novela, tanto en versos como en prosa. De la misma manera son descritas las demás pastoras del libro, amigas o conocidas de la heroína.

En las *Novelas ejemplares* destaca Leonisa, protagonista de *El amante liberal*, “la más hermosa mujer que había en toda Sicilia” (Cervantes, 1992a: 142). Cervantes asegura que es una joven noble, cuya belleza despierta la admiración de los que la rodean, aunque el autor acude otra vez a los mismos tópicos literarios de su época. Sobre ella...

...decían todas las curiosas lenguas y afirmaban los más raros entendimientos que era la de más perfecta hermosura que tuvo la edad pasada, tiene la presente y espera tener la que está por venir; una por quien los poetas cantaban que tenía los cabellos de oro, y que eran sus ojos dos resplandecientes soles, y sus mejillas purpúreas rosas, sus dientes perlas, sus labios rubíes, su garganta alabastro, y que sus partes con el todo, y el todo con sus partes, hacían una maravillosa y concertada armonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamás pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha. (142)

Ni un solo detalle de los cánones renacentistas de belleza falta en este retrato.

En *La española inglesa*, Isabela es raptada por un inglés y separada de sus padres que viven en Cádiz, cuando ella tiene sólo 7 años de edad. Todo esto ocurre durante el saqueo perpetrado por los ingleses en 1596. Más tarde es presentada a la reina de Inglaterra y despierta pasiones por su belleza, ataviada según la moda de la época:

vistieron a Isabela a la española, con una saya entera de raso verde, acuchillada y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de riquísimas perlas; collar y cintura de diamantes, y con abanico a modo de las señoras damas españolas; sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le sirvían de tocado. Con este adorno riquísimo y con su gallarda disposición y milagrosa belleza, se mostró aquel día a Londres... (248)

Sus cabellos son del color dorado al que nos tiene acostumbrados Cervantes. Las joyas que tanto menciona el escritor preclaro también aparecen constantemente en el arte renacentista, los pintores italianos del Renacimiento adornan a sus modelos de magníficas perlas, aunque las representen desnudas.

Resulta interesante descubrir que Leocadia, la protagonista de *La fuerza de la sangre*, no tiene los cabellos muy claros. Sin embargo, Cervantes no deja de emplear la palabra “rubios” al describirlos. Parece hermana de Isabela, por el peinado y las joyas:

Venía vestida, por ser invierno, de una saya entera de terciopelo negro, llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes. Sus mismos cabellos, que eran

luengos y no demasiadamente rubios, le servían de adorno y tocas, cuya invención de lazos y rizos y vislumbres de diamantes que con ellas se entretejían, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposición y brío. (1992b: 92)

A lo mejor el papel de la mujer en *Don Quijote* es menos importante que en otras obras cervantinas, pero la inmortal novela no carece de algunos retratos de mujeres bellas.

Dorotea es la misma rubia renacentista, que va por el mundo vestida de hombre e impresiona a Cardenio, al cura y al barbero, y les hace pensar que “no es persona humana, sino divina” :

El mozo se quitó la montera, y, sacudiendo la cabeza a una y a otra parte, se comenzaron a descojer y desparcír unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecía labrador era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto, y aun los de Cardenio [...]. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos; que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecía: tales y tantos eran. (Cervantes, 1991: 215)

Las manos que levanta Dorotea para arreglarse el peinado no son menos divinas y los tres hombres no pueden dejar de contemplarla, como auténticos *voyeurs*. La joven, creyéndose sola, muestra sus piernas, cuando se las lava en el río:

En esto, les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve; todo lo cual, en más admiración y en más deseo de saber quién era ponía a los tres que la miraban. (215)

Luscinda es también una mujer rubia y muy bella; tan bella, que Cardenio prefiere perder la vida si no puede vivirla con Luscinda. Cardenio tiene la posibilidad de ver a su amada el día de la boda de ella con Fernando, y la evoca de esta manera:

...tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecían, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana. No me dio lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido; sólo pude advertir a los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían, a todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos; tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor a los ojos ofrecían. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? (201)

En la boda de Camacho aparecen unas bailadoras jovencísimas, también rubias y muy bellas:

...doncellas hermosísimas, tan mozas que, al parecer, ninguna bajaba de catorce ni llegaba a diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los cuales traían guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreSelva compuestas. (545)

Quiteria misma es rubia, Sancho Panza no puede dejar de admirar sus cabellos rubios en su lenguaje rústico. Sancho destaca también la ropa y las joyas de la novia, puesto que “no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega” (552). El terciopelo, los pendientes, los collares y los anillos aumentan la belleza de la mujer:

...son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. ¡Oh hideputa, y qué cabellos; que, si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda mi vida! ¡No, sino ponedla tacha en el brío y en el talle, y no la comparéis a una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mesmo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta! (553)

Obviamente, la más bella de todas estas mujeres en *Don Quijote* tiene que ser Dulcinea, nadie puede dudarlo sin ser castigado por el Caballero de la Triste Figura. Es una humilde campesina, pero el caballero siempre transforma la realidad, moldeándola según sus ensueños. Para don Quijote, “no hay en el mundo toda doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso” (34). Don Quijote, con su imaginación exaltada, describe a su “dulce enemiga” en un estilo rebuscado y lleno de tópicos literarios:

...su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos, ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas. (81)

3. Conclusiones

Cervantes entiende perfectamente la condición de la mujer en su época y la presenta con mucho realismo. Sin embargo, cultiva en sus obras el ideal renacentista de belleza femenina, demasiado trillado y muy artificioso, es decir la mujer rubia, de cabellos largos, de rostro tierno, de ojos claros, pero arreglada y llena de joyas.

A pesar de ello, hay algo sorprendente: parece que el ilustre escritor era consciente de la artificialidad de este ideal. Tomás Rodaja, el héroe de la novela ejemplar *El licenciado Vidriera*, ironiza estos tópicos, asegurando que los poetas eran pobres...

...porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que

todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas. (Cervantes, 1992b: 60)

Lo mismo ocurre en el *Entremés del rufián viudo llamado Trampagos*, cuando el protagonista evoca de manera grotesca a su mujer muerta, quien sabía teñirse el pelo, para seguir teniéndolo “de oro”:

Si va a decir verdad, ella tenía
cincuenta y seis; pero, de tal manera
supo encubrir los años, que me admiro.
¡Oh, qué teñir de canas! ¡Oh, qué rizos,
vueltos de plata en oro los cabellos! (Cervantes, 1994: 115)

Como los autores de su época, Cervantes es muy discreto a la hora de describir el cuerpo femenino. En sus obras no hay descripciones explícitas del cuerpo desnudo.

Todas estas mujeres bellas de *Don Quijote* son también virtuosas. La fealdad significa falta de virtud. La pastora Marcela considera “lo feo digno de ser aborrecido” (1991: 88).

BIBLIOGRAFÍA:

ÁLVAREZ, Myriam (2004). El contexto histórico y el tratamiento de la mujer en el *Persiles*. En Alicia VILLAR LECUMBERRI (Ed.), *Peregrinamente peregrinos. Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de cervantistas* (Lisboa, 1-5 de septiembre de 2003), Volumen I (pp. 165-178). Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian.

CANAVAGGIO, Jean *et al.* (1995). *Historia de la literatura española*. Tomo III «El siglo XVII». Traducción por Juana BIGNOZZI. Barcelona: Ariel.

CERVANTES, Miguel de (1991). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Fernando Plaza del Amo; S.L.

CERVANTES, Miguel de (1994). *Entremeses*. Madrid: Cátedra, «Letras hispánicas».

CERVANTES, Miguel de (1992a). *Novelas ejemplares I*, Madrid: Cátedra, «Letras hispánicas».

CERVANTES, Miguel de (1992b). *Novelas ejemplares II*, Madrid: Cátedra, «Letras hispánicas».

CERVANTES, Miguel de (1997a). *La Galatea*. Disponible en línea: <http://cervantes.uah.es/galatea/htoc.htm> [Consultado el 8 de febrero de 2023]

CERVANTES, Miguel de (1997b). *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Disponible en línea: <http://cervantes.uah.es/Persiles/persiles.html> [Consultado el 8 de febrero de 2023]

GARCÍA CONEJO, José A. & GONZÁLEZ MARTÍN, Javier (2005). *Miguel de Cervantes*. Madrid: Edimat Libros S.A.

<http://cervantes.uah.es/obras.htm> [Consultado el 11 de febrero de 2023]

<https://dle.rae.es/verdulero?m=form> [Consultado el 11 de febrero de 2023]